LOS DIAS Y EL AMOR

POR

FRANCISCO RICO MANRIQUE

PERFECTAMENTE SERIO

Todo muy comprensible:
en los visillos y en el humo
hay un deseo de tristeza
imprecisa, un contorno
que se resiste a la contemplación.

Queda dinero suficiente
para pasar más horas en el bar,
y permitir que los arroyos
sigan acariciendo indefinidamente
los cantos de su cauce
—importa
el mojarse lejano de tus labios—.
Y sobrevuela el recuerdo
perdido de las playas, su muerte leve
que desde siempre viene a ser
como volver a conocerte en madrugada.

(No sé, juraría que es miércoles
o viernes... Un golpe, un día,
perfectamente serio, en cualquier caso.)

De vez en cuando el ciego
atraviesa la calle,
o una niña
da una corrida por la acera
y regresa a su madre.
¿Intuímos acaso
por qué nos han dejado, y esta tarde
vuelve a correr el tiempo interrumpido?

En un momento ocurre
que las cosas retornan
a la inicial melodía acogedora.
La vida sabe una sola canción.

LA TARDE

LA VIDA SABE UNA SOLA CANCIÓN

Frente a una lluvia vacilante o frente al mar
sin remisión cansado,
a veces caigo en meditar acerca
de qué rápidamente tuve un título
de inteligente
y fuí a vivir al pueblo,
con humedad y viento todo el año,
y entonces, cuando
la tarde más se oscurece y el camino
se reconoce apenas en medio de la bruma,
entran ganas de hablarle a un compañero,
muy poco seriamente decir: «Me moriré
temprano, junto a los eucaliptos.»

Posiblemente, la libertad
es menos peligrosa. De antemano sabemos
también que la nostalgia
nos la haremos junto a determinados veladorês.
(Pasa que la fragilidad,
la cabellera de una chica
y el abanico de la abuela
son los protagonistas de esta
farsa...
sentimental, es cierto.)
Las cosas no andan bien
y seguirán así Dios sabrá hasta cuándo.

Por ahora, hay que llevar la pena,
como de tango y hornacina,
y mantener un rato apariencias de humor
bañando los perfiles,
pues
si no bastan sucede que el muchacho
que acariciaba cielos, con oscuros designios,
acude al portal viejo de la casa
donde nació
—el criminal regresa siempre
al lugar del delito—.

HISTORIA DEL VERANO

LUGAR DEL DELITO

Para nada sirven las horas
si no es para soñarlas en tu pelo
y respirar la luz vencida,
por la tarde, cuando senderos
apagados y pequeñas historias
de amantes
o una lágrima,
suelen significar para nosotros
que todo saldrá bien.

Los pasos se nos juntan en el suelo
y el tiempo se hace dulce.
Pueden oírse gritos en las plazas
y alborotar los niños
porque apenas importa;
en cambio, es buena
esa grava menuda en la dehesa,
con cortezas resecas, y el doblarse del aire
entre las ramas,
un poco lejos ya la catedral,
las cuestas empedradas que recorre
el automóvil del obispo.

Es una edad la adolescencia, dicen,
notablemente rara y decisiva,
si bien no libre de peligros...
Pero hay más: queda el río
—y a estas horas
hace un poco de fresco, y es momento
de las chaquetas de algodón,
de los silencios—;
está la hierba amarga, tan suavemente dócil;
y yo voy junto a ti, inventando
el amor, anocheciéndonos
en esta encrucijada de esperanza y recuerdo.

CANCION

ENCRUCIJADA DE ESPERANZA Y RECUERDO

Qué agradable saber que aquellos días
—a medida que el sol iba a maduro
y se perdía el agua por la orilla—
no han sido los mejores, y tampoco
llegaste a ser lo que yo más quería.
(Es cómodo decirte adiós ahora
sin sentirse grosero o egoísta.)
Gracias por el camino que me dejas,
por lo que no me has dado.
Todavía,
pues, el mañana en blanco. Esperaré
—gracias por no haber sido la alegría—
nuevo sol, otra orilla; esperaré
los días más hermosos de mi vida.

BUENOS PROPOSITOS AL EMPEZAR EL AÑO

El sol, hermosamente, sabe a poco esta tarde,
y no es sino rocío de calor en la piel,
que pronto se evapora; como un convaleciente
de novela, uno busca la luz desperdigada
por árboles y piedras.
Son vacaciones dulces
las de invierno —estos días sin brillo, los paseos,
un libro nada urgente—. Sin embargo, se prestan
a conclusiones rápidas en exceso, y acerca
de materias complejas: la justicia o el tiempo,
por ejemplo, y aun más la posición concreta
de uno en este mundo. Demasiado optimistas
nos sentimos a ratos (la caída, después,
nos duele más).
Y el humo, sin remedio, entristece
el campo verde; blanda —con la humedad—, la tierra
se amolda a nuestra huella; y las celindas claras
son un recuerdo tras la verja.
Bien, así,
¿cómo no han de ser buenos los propósitos para

el año que comienza? Justamente la paz
de ahora nos engaña. Pensamos: la honradez,
el deber, las virtudes respetables... Amor
entre todos, de todos... Apenas otro fin
de semana, y apenas volver a ver las caras
de siempre y la estación por la mañana —cuando
el orbe es un bostezo, ya lo dije una vez—,
bastarán para echar en olvido deseos
honestos y esperanzas de una vida mejor.

Demasiado optimistas... En el fondo sabemos
quiénes somos y cuáles son las flores de invierno.

EL JOVEN AMANTE

«On n'est pas sérieux, quand
on a dix-sept ans.»
RIMBAUD

Correcto en sociedad,
muy hecho al trato de personas maduras
—innecesariamente sesudo, tal vez—,
nadie se explica por qué desaparece
y se da a los paseos y a la niebla.
A ese muchacho tan amable
le han visto en un jardín,
montando guardia al césped,
con la característica tristeza
de sus años.
También
se cree que ha olvidado los estudios
y de un momento a otro
escribirá poemas.
¡Ay!, pero el amor pasa
como muere un perfume.
Cuando mejore el tiempo
habrá baile en la pérgola;
y aquel día es probable
que quede cabizbajo ante algunas palabras
o una rosa: ese aire distraído
dará al amante joven nuevo encanto.

VIAJES POR LA MAÑANA

Tal vez lo menos malo es la premura
—para alcanzarlo a tiempo— y el bostezo
universal, eterno. Desperezo
los párpados, y leo: «La cultura...»

...occidental, muy bien, ya lo sabía.
(Pero este buen señor que, tan molesto,
expectora, las toses, todo esto
¿también entra en la cuenta?) Cada día

trae lo mismo, no entiendo por qué sigo
comprándolo. «Que cada pasajero
conserve su billete.» Ya un instante

y llegamos. —Abróchese el abrigo,
hará frío en la calle. —*Usted primero.*
—*Oh, nunca, nunca, nunca: usted delante.*

RETRATO DE N.

Alegremente mentira,
venido del mundo raro
de las calvas, los escudos
y los marcos,

con un reloj de juguete
y un pañuelo deshilado
—región de los estornudos
siempre blancos—,

como escapando de un lienzo,
llegaba a darme la mano,
y nos íbamos los dos,
contemplando

escaparates, iglesias,
sirvientas, guardias de tráfico
—mañana de sol y acera
palpitando—.

Chocolate en las granjas,
matinées, jueves y sábados...

El siempre con su sombrero,
sus zapatos

con botines, su bastón,
y el chaleco mojigato;
con nostalgias de bigotes
alocados.

Hasta que se fué de casa
—por anticuado y monárquico—,
mezclado con seis botellas
en un saco.

Y estará en la trapería,
ochocentón, empolvado,
mirando las calaveras
de los gatos.

SOBRE LA VIRTUD

Solían despertarle
los carros de verduras, en la calle
—con los gatos que huían
arrastrando
la noche a los rincones—, y tras de su persiana
la ciudad era igual que el cuarto de un enfermo:
con luz pobre a los ojos, y propicia
para ser desdeñada (bien envuelta
en piedad).
Al perderse
en los labios el amargor del sueño,
se sentía dichoso: trabajaba
con ingenua conciencia de superioridad.
Porque toda virtud, antes de nada,
viene de tal raíz (la virtud, digo)
que hace feliz a un hombre
al practicarla.
Siempre,
para el amor y el tiempo,
ha sido el alba decisiva.
Se sabe que la vida es como un árbol
y que las grandes decisiones brotan
de minúsculas madres...

Podía soportarlo todo, a cambio
de creerse el mejor alguna vez:
de madrugada, así,
con frío en los tejados,
y con pálidas manchas de humedad
en la pared, con grifos que goteaban sin pausa.

AULA 23, PATIO DE LETRAS

Es necesario saber
que sostienen el techo Praxiteles y Fidias y la aérea pincelada
del italiano Fra Angélico
—aquí no nos moja la lluvia—.
La convicción, la asiduidad en la asistencia
son los sillares que levantan
un porvenir:
hemos venido para
convertirnos en cera.
Y entre las baldosas del patio
ha crecido la hierba. Ved
por la ventana. ¿No es cierto que los árboles
responden con la docilidad de ayer
al abrazo del viento?
Parece ser que se aproxima un año nuevo;
y pregonan diarios
por las calles, y se entibia la luz
en los cristales.
(Algunos
no han advertido aún
lo decisivo de las fechas,

pero vale por hoy cualquier cuartilla
desfigurada, con apuntes,
e igual las que vendrán
como hojas amarillas del otoño,
casi sin hacer ruido.)
Los muchachos
podemos confirmar que en estos días
la niebla anda lamiendo los rincones;
que ni siquiera nos conmueve
el sucederse de los pasos
sobre los escalones de madera.

«... of comfort no man speak.»
RICARDO II (III, ii)

Las capitales de provincia son mal sitio
para la muerte de un inglés sensato,
casi albino.
Tal vez algunas rosas
—o solamente un pétalo en el agua
infecta del jarrón—
o, siquiera, música por la ventana
hubieran suavizado la asfixia,
la habitación a oscuras,
helada, el forcejeo
del cuerpo entre las sábanas.
Dos veces
se oreará el colchón esta semana.
Y el viento ha de llevarse
del corredor, también, de los resquicios del armario,
una cierta humedad —como el aliento
final del moribundo—,
para que el huésped último, de noche,
no tiemble en el umbral
de su cuarto, palpando
la pared, tal que borracho.
¡Ah!, fuera todo más limpio
en una esquina del paisaje
de su acuarela inacabada,
en el modelo de un apunte,
perdido, lejos de aquí...
Uno puede llegar a cualquier sitio.
A la pensión, ahora,
le quedan las maletas y el abrigo
del inglés; sin embargo,
nadie hable de consuelo,
que el problema
es si se le dará tierra sagrada.

Francisco Rico Manrique
Rusiñol, 31 bis
San Cugat del Vallés
BARCELONA